SERMON DE EUCARISTIA,

PREDICADO

EN LA REAL CAPILLA DE MADRID

EL DOMINGO INFRAOCTAVO

DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI,

30 DE MAYO DE 1875,

CON ASISTENCIA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

Ego sum panis vivus qui de cœlo descendi. Yo soy el pan vivo que descendi del cielo. Evang. de San Juan, VI, 51.

SEÑOR:

La adorable majestad y la ternura inmensa del dogma que venimos á confesar al pié de los altares; la esplendorosa gloria de aquella gran figura de nuestra historia nacional, que hoy venera la Iglesia, y cuya festividad traslada ésta á otro día por cantar en el presente una gloria más alta; el júbilo de un pueblo que reanudando los hilos de sus interrumpidas tradiciones, logra verse de nuevo entre las magnificencias de su culto y en presencia de su legítimo Soberano; todo esto viene á constituir el grupo de ideas que en este instante abruma mi inteligencia, el tesoro de sentimiento que conmueve mi corazón, el secreto de una alegría que embarga el ánimo, poniendo en él las más

risueñas perspectivas y las más fundadas esperanzas.

En un siglo, Señor, en que la razón humana se ha propuesto investigar con sus propias fuerzas la esencia de la Divinidad; en un siglo en que tanto han desconocido á Jesucristo las potestades de la tierra, y tanto le han olvidado los pueblos, es bello y consolador acudir bajo estas bóvedas, y ver cómo la Iglesia con su autoridad, el Monarca con su poder, el pueblo con la sencillez del alma, vienen á recordar al mundo que el Dios personal y verdadero, Aquél que Es, Aquél que tiene por nombre El Señor Omnipotente, no es otro que el Dios de la Eucaristía, el Verbo del Padre que se oculta en la Hostia de nuestros tabernáculos, esa Hostia Inmaculada, que es Jesucristo mismo, Pan vivo que desciende del Cielo para alimentar al hombre, elevándole por el amor y la virtud hasta las fuentes de la vida eterna. Ego sum panis vivus qui de cœlo descendi.

Al ocupar yo hoy, después de muchos años, esta sagrada Cátedra, origen para mi de dulces beneficios, cuyo recuerdo quedó grabado al par en mi corazón y en mi memoria, permitidme que no consagre mi discurso todo á probaros la verdad del Misterio Eucarístico: sois vos, Señor, sucesor de Fernando III, nosotros somos hijos de unos padres creyentes, y el mundo sabe bien que el dogma de la Eucaristía es como el resumen de nuestras creencias, la ardiente llama de nuestro

espíritu, el talismán revelador de nuestro antiguo engrandecimiento. Mi mente, guiada por la fe, intentará penetrar en el fondo de ese arcano; en el vuelo de la imaginación me atreveré hasta á colocar mi oido en las notas de sus más suaves armonías: pero me dejaréis también estudiar las variadas relaciones de su poder y su grandeza, y presentarle como el faro bendito y salvador de las actuales sociedades.

Sí; yo vengo á meditar sobre el misterio del gran Rey de la gloria; pero he de considerarlo después influyendo poderosamente en la vida de las generaciones. Yo he de ensayar explicaros cómo el Sacramento de la Eucaristía ilumina al hombre con su luz, y lo eleva y santifica con su gracia; pero he de demostrar asimismo cómo los pueblos que se privaron del alimento Eucarístico, única fuente del amor cristiano, van necesariamente caminando hacia su decadencia, á través de un progreso ficticio.

«Contemplemos, en suma, en ese pan de vida el secreto de amor que forma la perfección de las almas y que regenera los pueblos.»

¡Oh, á quién fuera dado tomar de ahí un rayo de luz para lanzarlo en las oscuridades de la ciencia humana, y una corriente de amor para refrigerar los agostados campos de las modernas sociedades! ¡Quién pudiera hoy raciocinar con los resplandores de ese augusto Misterio, conmover las almas con todos los resortes de su ternura, y

emplear giros tan elevados y poéticos como esa naturaleza espléndida que en estos días nos brinda con la serenidad de su cielo, con la suavidad de sus auras, con la espiga de sus campiñas, con el aroma de sus flores y con el gorjeo de sus aves! ¡Señor, Dios mío! En ese silencio misterioso los querubines te alaban, aunque no les oimos; te adoran, aún cuando no les vemos: concédenos un destello de sus privilegiados espíritus para ensalzar tus grandezas y bendecir tus misericordias! Acoge, oh dulce Jesús, nuestra ferviente súplica; que nosotros te la presentamos por la mediación de tu amorosa Madre, á la cual saludaremos con el Angel. Ave María, etc.

SEÑOR:

La Eucaristía es á la vez un milagro y un misterio: pero el milagro presenta magnificos títulos de credibilidad á la fe de los hombres, y el misterio, tan superior á la razón, nada exige de ésta que contraríe las aspiraciones de la inteligencia, ni que detenga su vuelo. Diríase que los dogmas son para nosotros semejantes á la luna nueva. De la luna no vemos sinó lo que alumbra el sol, así como de los misterios no entrevemos sinó lo que se ha dignado alumbrar el Altísimo: pero los dogmas son una verdad como la luna llena, y nosotros habremos de gozar un día la plenitud de sus fulgores.

Por espacio de cuarenta centurias, el Espíritu de Dios, Dios mismo, el Dios Increado y Eterno, quiso descender constantemente á la tierra, comunicar con el hombre, ennoblecer su vida, alentar su esperanza, dirigir su destino. Después de haberse manifestado tan solemnemente en el Paraíso, habla á Noé para instruirle y salvarle, y aparece en las llanuras de Senaar para confundir otras generaciones soberbias. Vió allí todavía á un hombre justo que siguió adorándole, y en este hombre llama á un pueblo que conservó su fe; y aquel Dios Omnipotente y misericordioso se complace en visitar las tiendas de sus escogidos, en santificar sus oráculos, en bendecir sus Patriarcas, en iluminar sus Profetas, en darles Jueces y Soberanos, en inundar de gloria y majestad su templo y su sacerdocio.

Abraham oye á Dios y le bendice en los valles del Cananeo. Isaac escucha sus promesas en Bersabee y Jacob en la Mesopotamia. Moisés vislumbra su figura entre las llamas de una zarza que ni se consume ni se quema. El pueblo de Israél, al caminar por el desierto, le percibe en la columna de nube y de fuego, en la división de las ondas del mar, en el maná que llueve como el rocio, en el agua que brota instantáneamente de la roca herida, y, sobre todo, entre los relámpagos y las humaredas del Sinaí.

El Dios tres veces Santo, que llenaba los cielos y la tierra con el esplendor de su gloria, quiso ya en la antigua Alianza morar en un Tabernáculo humano; velar su esencia y su palabra en el fondo de un Arca misteriosa, tener allí un propiciatorio de oro, figura magnifica de Jesucristo, y á cada uno de sus lados un que ubin hermoso, que parecia adorar ya en dulcísimo éxtasis la Encarnación del Verbo; formar, en fin, un sacerdocio, de cora-

zón tan puro como la candidez de sus vestiduras y como el brillo de las piedras preciosas que las adornaban. Él se revela á Samuel para regenerar su Pueblo: Él inspira á David para que le cante en sus Salmos: Él hace sabio y poderoso á Salomón para que extienda su Nombre y ensalce su grandeza. Y cuando de tanto poderío y de tan prodigiosos sucesos sólo ha quedado un Pueblo que gime cautivo por sus transgresiones, y un Templo sin rival en ruinas, ese Dios todavia continuará clamando á su Nación predilecta con la sublime elocuencía del noble hijo de Amós, llorando sobre ella con las lágrimas de Jeremías, consolando su espíritu con las palabras de Daniel, confirmándole su venida á la tierra con los proféticos acentos de Aggeo y de Malaquías, mostrándosela de nuevo en otro Templo, ménos rico pero más glorioso, haciendo, por último, reverdecer sus antiguos laureles con la triunfadora espada de los heróicos Macabeos.

Y bien, Señor; el mundo redimido por la caridad no había de ser menos afortunado que las generaciones conservadas por la esperanza. En el Antiguo Testamento, Dios se comunicó al hombre cuanto podía comunicarse; se infundió en él cuanto podía infundirse; pero aquel Dios era puramente espiritual é invisible, y no podía entrar en el corazón y en el alma sino por la virtud de la fe. Pero cuando el Eterno se dignó enviar su Verbo, consubstancial á Él; cuando la plenitud de la Divini-

dad se ostentó sustancial y esencialmente en la humanidad de Cristo (1), entonces la presencia de Dios sobre la tierra, y su frecuente unión con el hombre, habían de realizarse con toda su extensión y su ternura en todos los momentos de la vida humana; y se realizaron, en efecto, en aquella forma graciosa y adecuada, y con aquellos arrebatadores encantos que se contienen en estas frases de la Escritura: «La Sabiduría edificó casa para sí, dispuso su mesa, y dijo: Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado» (2).

Entremos, pues, Señor, á meditar y á saborear de lleno las dulzuras del Misterio Eucaristico, que es el que imprime, por decirlo así, á la Ley de Gracia su más principal sello de superioridad y de excelencia sobre la Ley escrita.

Jesús hizo un día en la Sinagoga de Cafarnaum esta solemne promesa: Yo soy el pan vivo que descendi del Cielo: este pan que yo os daré es mi carne: el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida (3). Y como en Dios las promesas de ayer son la realidad de hoy, como sus palabras de misericordia se cambian siempre en actos, cuando el Salvador celebra la

última Cena legal del místico Cordero, Cena que Él deseaba con vehemente deseo, desiderio desideravi, toma un pan en sus divinas manos, da gracias al Señor, lo bendice, lo parte y distribuye, diciendo: Tomad y comed; este es mi Cuerpo, inmolado por vuestro amoro (1). Toma después el cáliz, y dando asímismo gracias al Omnipotente, lo pasa á sus discípulos diciendo: Bebed todos de este cáliz, porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por la remisión de los pecados (2). Faltaba aquí la continuación del Sacrificio, la comunicación del Sacerdocio, la consumación del amor, y Jesucristo añade: Haced esto en mi memoria (3).

Los Evangelistas sellan después el testimonio: el Apóstol de las gentes confirma la perpetuidad del milagro: los Concilios explican sin cesar el misterio: eslabónase la tradición en los escritos de los Santos Padres, cuya sintesis es así formulada por la elegante palabra de Ricardo de San Víctor: «Incomprensible, pero cierto: mirum sed verum.» Y en la larga serie de los tiempos, los hijos de la verdadera Iglesia confesarán, ante la faz del mundo, que en esa Hostia que apenas percibe la pupila, está el Dios que la creación adora: que ese Pan vivo de nuestros Tabernáculos es Jesucristo mismo

⁽¹⁾ Quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. Ep. ad Coloss., II, 9.

⁽²⁾ Proverb. IX.

⁽³⁾ S. Juan, VI.

⁽¹⁾ Matth., XXVI, 26.—Luc., XXII, 19.

⁽²⁾ Luc., XXII, 20.

⁽³⁾ Idem.